

IV.

COMANDANTE.

EL SEGUNDO COMBATE Y LA PRIMERA HERIDA.



IENTRAS esto pasaba en Oaxaca, la Gloriosa Constitución de 57 era discutida y aprobada en la Capital de la República, dando lugar á la formidable revolución del clero contra la Reforma, revolución que se propagó hacia el Sur del Estado de Oaxaca, desde Tehuantepec hasta los confines del Estado de Guerrero.

La sublevación en Jamiltepec del cabecilla santanista José María Salado, contra la Constitución recientemente promulgada, dió lugar á que D. Benito Juárez enviara varias compañías de Guardia Nacional á someterle.

Porfirio Díaz mandaba la de Granaderos, á cuyo frente se batió en Ixcapa, pueblo que fué atacado por algunos seiscientos sublevados en la tarde del día 13 de Agosto de 1857.

Al empezar el ataque, vióse al valiente Capitán caer en tierra, levantarse en seguida, pálido y ensangrentado, y seguir combatiendo, á pesar de la extraña y peligrosa herida que acababa de recibir en el pecho.

El proyectil, que penetró al nivel del reborde costal del lado izquierdo, siguió probablemente su trayecto, de unos treinta centímetros, por entre las capas musculares del abdomen, hasta la cresta iliaca derecha, que fracturó, produciendo numerosas esquirlas.

Fué un proyectil esférico de grandes dimensiones, de 19 adarmes de peso, que permaneció alojado en el cuerpo del Capitán por veinte

meses, hasta el mes de Abril de 1859, en que le fué extraído por medio de una incisión practicada en la región lumbar derecha, después de haberle ocasionado agudos y continuos sufrimientos durante las campañas que prosiguió, á pesar del mal estado de la herida y de los inoportunos y nocivos tratamientos á que fué sometido por médicos ineptos é ignorantes curanderos.

Al recibir la herida, Porfirio Díaz creyó que el proyectil no le había ocasionado la fractura de la cresta iliaca, fractura que él atribuyó á la caída sobre el lado derecho, y siguió combatiendo con gran sorpresa suya y de todos sus soldados.

Resistió, sin embargo, el ataque de un grueso pelotón de pronunciados, que cargó por el centro, capitaneado por el jefe mismo de ellos, José María Salado, quien de un golpe de sable abrió el cráneo á un sargento de Porfirio, en los momentos en que cargaba su fusil.

Tuvo el sargento herido, fuerza suficiente para hacer un disparo sin sacar la baqueta, y atravesar con ella y con la bala, el pecho de Salado, y luego rematarle con la bayoneta.

Muerto el jefe, los hombres de Salado huyeron, protegidos por las sombras de la noche.

«El partido conservador, apoyado y dirigido por el clero, había encendido la guerra civil, exaltado por la promulgación de la ley de nacionalización de 25 de Junio de 1856, y muy especialmente por la Constitución de 5 de Febrero de 1857, proclamando en sus planes revolucionarios los principios de Religión y Fueros. El incendio llegó pronto al Estado de Oaxaca, y en Julio de 1857 se pronunció, en el Distrito de Jamiltepec, el Coronel D. José María Salado. El Gobierno del Estado ordenó que fuese á atacar á los pronunciados una columna de Guardia Nacional, y este servicio tocó en parte al segundo batallón.

«Salimos á la campaña, la compañía de Granaderos, la segunda de mi Cuerpo, mandada por el Capitán Pedro Vera, y una compañía de Guardia Nacional de Ejutla, á las órdenes del Teniente José María Ramírez, que llegó á ascender á General de Brigada, y fué después Gobernador del Estado de Chiapas, y la cual se hallaba agregada al segundo batallón, sin formar parte de él. Mi compañía, completa y lista, contaba cien hombres; la segunda compañía tenía setenta, y la de Ejutla estaba reducida á cuarenta. Estas fuerzas se pusieron á las órdenes del Teniente Coronel Velasco.

«Recibidas nuevas noticias de la revolución, que le daban aspecto más serio, el Gobernador dispuso que se nos incorporara el Mayor

Montiel, con la compañía de Cazadores del segundo batallón, que tendría otros cien hombres; y por combinación con el General D. Juan Álvarez, nos debía auxiliar el Teniente Coronel Nicolás Bustos, con doscientos guardias nacionales del Estado de Guerrero.

«Cuando hacíamos nuestra marcha para incorporarnos al Teniente Coronel Bustos, se nos interpuso, el 13 de Agosto (1857), entre Santa María Ixcapa y Cuajinicuilapan, del distrito de Ometepepec, el Coronel Salado, con su columna fuerte de setecientas plazas, y nos obligó á combatir con él antes de que se nos incorporase Bustos, quien estaba como á diez ó quince leguas de distancia.

«El enemigo, según informes de nuestros exploradores, se encontraba á menos de una milla, emboscado en el camino que debíamos seguir.

«Después de un corto descanso que tomó nuestra columna, ya de trescientos treinta soldados, en el pueblo de Ixcapa, el Teniente Coronel Velasco fué con algunos cabos y sargentos á efectuar un reconocimiento desde una altura vecina, que indicó el alcalde del pueblo. Mientras el Teniente Coronel ejecutaba esa operación, el Mayor ponía todo nuestro personal en actitud de combate. Cuando regresó Velasco, nos manifestó con alguna imprudencia, porque lo hizo delante de la tropa, que el enemigo era muy superior á nuestras fuerzas, y que era necesario retirarse sin combatir, porque de seguro seríamos derrotados si presentábamos acción. Como el piquete que llevó Velasco á la colina, disparó algunos tiros de fusil sobre los contrarios, notaron éstos que habían sido descubiertos, y emprendieron la marcha decididamente sobre nosotros. Así fué que, cuando el Teniente Coronel ordenaba una contramarcha, y yo le manifestaba los inconvenientes de ese movimiento, que veía claramente que iba á motivar la destrucción de nuestra reducida fuerza, el enemigo cortó la discusión, presentando su grueso por el camino nacional, mientras otra fracción del mismo, por una senda oculta á nuestra vista, entraba al pueblo. En esos supremos momentos, dirigí á mi compañía algunas palabras de exhortación, para exaltar su orgullo militar, un tanto abatido con la opinión imprudentemente manifestada de mi Teniente Coronel, y sin esperar órdenes, mandé armar la bayoneta y puse á mi compañía en marcha, á paso de carga, sobre el enemigo.

«Hizo lo mismo el Teniente Ramírez, Comandante de la compañía de Ejutla, y los dos jefes quedaron con el resto de la fuerza, en observación de lo que nos pasara.

«Antes de chocar con la columna, que descendía de una colina, y

al pasar por una de las bocacalles del pueblo, apareció por la derecha y á cortísima distancia, la otra, que había penetrado en dicho pueblo y á la que he aludido, la cual mandaba el Coronel D. Pedro Gazca. Tuve, pues, que chocar primero con esa de la derecha, que con la que era objeto de mi marcha al iniciarla. En los primeros disparos que mediaron entre mi columna y la enemiga, fuí atravesado por una bala, de la última falsa costilla de la izquierda á la fosa iliaca derecha. El tiro que se me lanzó á quema ropa, me derribó; pero me repuse violentamente, me levanté, estimulé á mis soldados de nuevo, y pusimos en fuga á esa columna, que ya no regresó por donde había venido, sino que fué á reunirse con la que venía de frente, mandada por Salado y á cuyo encuentro proseguimos.

«En ese momento, y mirando el éxito que sobre la columna de Gazca habían obtenido las compañías de Granaderos y de Ejutla, avanzó el resto de nuestra fuerza con los principales jefes, rápida y marcialmente, con todo el brío que inspira la primera vuelta del enemigo. La vista de estos movimientos, tras nuestra carga á la bayoneta, hizo voltear la cara á los contrarios.

«Nuestro avance verificóse en una extensión como de 700 metros. Una vez en la cima á que ascendimos, y no pudiendo ya andar más, mandé hacer alto á mi compañía y volví á surtir sus cartucheras, en previsión de una vuelta ofensiva.

«En su huida, que aceleró el enemigo, tuvo que atravesar la corriente de un río, llamado Río Verde, y allí perdió mucha gente; pues aunque había canoas suficientes para conducir á todos los fugitivos en una retirada ordenada, la suya no tuvo ese carácter. Los primeros que ocupaban una canoa se salvaban, sin esperar á que llegaran otros para llenarla; y los que llegaban después, y en desorden, ya no encontraban medios para pasar el río, y se ahogaban si pretendían cruzarlo á nado, ó morían al golpe de nuestras balas, ó á virtud de la voracidad de los caimanes que abundaban en aquellas aguas.

«En el choque murieron Pedro Gazca, inmediatamente, y José María Salado, después. Este último, más valiente que el primero, se nos vino encima con machete en mano; y al pegar al sargento de mi compañía, Anastasio Urrutia, un machetazo en la cabeza que le abrió el cráneo, á cuya herida sobrevivió, le disparó Urrutia á quema ropa su fusil, que estaba cargado, y sin haber tenido tiempo de sacarle la biqueta, lo pasó con ella, y luego con la bayoneta, cayendo muerto Salado.

«El enemigo quedó sin jefes y en completa derrota, perdiendo mu-

cha gente en la persecución, la mayor parte ahogados en el río, como he dicho; y los que por ser aptos para la natación lograron pasarlo, no pudieron llevar sus fusiles consigo; así, la acción de Ixcapa significó para él un desastre, y para nosotros un triunfo, tanto más meritorio, cuanto que lo realizamos con menos de la mitad del efectivo de la fuerza contraria.

«Al día siguiente se nos incorporó Bustos, y entonces el Teniente Coronel Velasco siguió para Jamiltepec, y todos los heridos quedamos en el pueblo de Cacahuatpec, como á dos millas de Ixcapa.» (Memorias).

Al saber el Sr. Juárez que los heridos de Ixcapa quedaban en muy malas condiciones, envió para curarles, al Dr. D. Esteban Calderón, que fué quien se hizo cargo de ellos.

Al cuidado del Dr. Calderón se les condujo en camillas, ó como menos mal se pudo, hasta Oaxaca, teniendo que soportar en tan penosa marcha los rigores del clima y las molestias del pésimo camino.

Un accidente desgraciado hizo que el Capitán Porfirio Díaz cayese de las andas en que era conducido, y él, entonces, prefirió proseguir á caballo, aunque sufriendo horriblemente con los dolores de su herida.

«El día de la batalla, el Mayor de mi cuerpo, Lic. Montiel, que en su juventud había hecho algunos estudios de medicina, me aplicó por toda curación, hilas secas en forma de lechinos ó tacos para detener la hemorragia . . .

(La segunda curación, dice Quevedo y Zubieta, la hizo un indio que fundaba su atrevimiento para curar, en los conocimientos científicos que decía haber adquirido en el Hospital de San Cosme, de Oaxaca, donde estuvo algunas semanas en calidad de preso por ebrio).

«Su curación se redujo á aplicarme un unguento que él confeccionó con resina de ocote, huevo y grasa, el cual me produjo abundante supuración.

«Después de 18 días de permanecer en la hacienda del Pie de la Cuesta, cuyo tiempo aprovechó el Dr. Calderón para preparar la curación de todos los heridos, y después de varias operaciones dolorosas que me practicó, en busca de la bala, sin encontrarla, emprendimos la marcha para la hacienda, que distaba cosa de veinte leguas, adonde llegamos á los tres días. Lo malo de los caminos y lo lluvioso del tiempo, hizo que en una de las marchas resbalaran y me voltearan los cargadores que me llevaban en silla de manos, y eso me decidió á montar á caballo, adicionando mi montura con almohadas, para lle-

var cómodamente la pierna derecha, que se resentía mucho de la perforación de la fosa iliaca.

«Permanecimos en Tlaxiaco quince días y de allí me fui á Oaxaca, donde llegué en la noche del 30 de Septiembre de 1857.» (Memorias).

Importantes sucesos acaecían, entretanto, en la capital de la República.

Conforme á la nueva Constitución, el Gral. Ignacio Comonfort, electo Presidente, se había ya hecho cargo del Gobierno, y el Sr. Lic. D. Benito Juárez había sido electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

El ignominioso golpe de Estado, la derrota de Comonfort por los mismos conservadores, con quienes había concertado el Plan de Tacubaya, su expatriación y fuga al extranjero, dejando cuantiosos elementos de combate en poder de Zuloaga, dieron al partido conservador tan gran preponderancia, que el abnegado partido Constitucional estuvo á punto de quedar para siempre aniquilado.

«Entretanto, el primer Congreso Constitucional se había reunido en Septiembre de 1857, y el General Comonfort, electo Presidente, había inaugurado su nueva administración el 1º de Diciembre siguiente; pero, por desgracia, y cediendo á malignas influencias del partido conservador y de algunos liberales visionarios, disolvió el Congreso el 17 del mismo mes y proclamó la dictadura, cambiando así sus títulos de Presidente Constitucional, por el de jefe de asonada.

«El partido conservador le arrojó á poco de la Capital, y quedó en posesión de ésta hasta el 24 de Diciembre de 1860.

«Juárez había sido electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia, lo que le daba carácter de Vicepresidente, y había sido nombrado por Comonfort, Ministro de Gobernación, al inaugurar su período constitucional. Así, pues, tuvo que dejar á Oaxaca, y cuando lo hizo, fué nombrado Gobernador del Estado, el Licenciado D. José M. Díaz Ordaz. Al dar Comonfort su golpe de Estado, arrestó al Vicepresidente de la República, poniéndolo él mismo en libertad, cuando los conservadores le arrojaron de la Capital. Entonces Juárez estableció el Gobierno Constitucional, sucesivamente, en Querétaro, Guanajuato, Guadalajara, y, al fin, en Veracruz, en donde permaneció hasta Enero de 1861, que volvió á México.» (Memorias).

Al terminar el año de 1857, D. José M. Díaz Ordaz, sucesor de Juárez en el Gobierno de Oaxaca, declaró la ciudad en estado de sitio, convocando á los guardias nacionales por la siguiente proclama:

«¡Guardias nacionales! Es necesario demostrar á ese enemigo

atrevido, que vosotros sois los que habéis vencido gloriosamente á la Reacción en los campos de Acatlán é Ixcapa. . . .

«Unos españoles dirigen á esas gavillas. Demostrad á esos extranjeros, que los guardias nacionales de Oaxaca, saben hacer respetar el nombre del Estado.»

El Capitán Porfirio Díaz, herido como estaba, fué de los primeros en acudir al llamado, regresando á Oaxaca desde Ixcapa.

Los jefes españoles á quienes había que combatir, eran los guerrilleros Conchado, Vicario, Moreno, y los hermanos José María y Marcelino Cobos, que lograron apoderarse del centro de Oaxaca, instalándose en el Palacio de Gobierno, y estableciendo un gran circuito de trincheras.

La Guardia Nacional tuvo que replegarse, guareciéndose en algunos conventos, y en estas condiciones empezaron los combates.

Dice Porfirio Díaz:

«A poco de mi regreso á la ciudad de Oaxaca, después de la acción de Ixcapa, teniendo aún dificultad para andar, establecí mi habitación en la Mayoría del Cuartel de Santo Domingo. Encontrándome allí todavía impedido, se acercó una columna á las órdenes de D. José María Cobos, que los conservadores mandaron de México sobre Oaxaca. Cobos ocupó la ciudad y estableció su Cuartel General en el Palacio del Estado, y el Gobernador, con las Guardias Nacionales, á las órdenes del Coronel Ignacio Mejía, se refugió en los conventos de Santo Domingo, El Carmen y Santa Catarina, que fueron sitiados por las fuerzas de Cobos.

«En momentos en que el Gobernador Díaz Ordaz y el Coronel Ignacio Mejía se lamentaban en mi presencia de que había pocos oficiales disponibles, les manifesté que podían disponer de mí, no obstante que mis heridas no habían cicatrizado. Aceptaron mis servicios y me nombraron Comandante del fuerte de Santa Catarina, convento cercano á Santo Domingo. . . .

«Cuando ya contábamos más de veinte días de sitio y la desmoralización y la falta de municiones de guerra y de boca, comenzaban á producir sus efectos, averigué que una de las barricadas que el enemigo había puesto en la esquina llamada del Cura Unda, frente á mis posiciones, era, en su mayor parte, de sacos de harina y de salvado. Esto me inspiró la idea de que, dando un ataque súbito y vigoroso á esa trinchera, podríamos apoderarnos del material de que se componían. Propuse, en consecuencia, al Gobernador Díaz Ordaz, que con el sigilo debido se diera el asalto. Convenimos en que en ese mo-

mento (serían las diez de la noche) saldría yo de nuestra línea con 25 hombres de mi compañía á horadar la manzana contigua, y pasando por varias casas de esa manzana, llegaría á ocupar las ventanas de la última, que quedaban á retaguardia de la trinchera indicada.

«No se me dieron los 25 hombres de mi compañía, sino de fuerzas irregulares, completándolos hasta con serenos, que no tenían organización militar. . . . Sin embargo de esto, en la noche del 9 de Enero de 1858, emprendí mi movimiento, comenzando por horadar los muros, que en su totalidad eran de adobe, para lo cual empleaba agua é instrumentos de carpintería, á fin de evitar el ruido que habrían hecho las barretas. Como en cada una de las casas que horadaba, tenía que dejar un hombre en el patio y otro en la azotea, para cubrir mi retirada, cuando llegué á la última casa, apenas me quedaban 13 hombres. La tienda de esta casa estaba ocupada por el enemigo, quien tenía también un destacamento en la trinchera que daba frente á Santa Catarina. Al terminar la horadación, cayó el pedazo de tapia que la descubría, y D. José María Cobos, que á la sazón estaba encerrado en un excusado, habiendo dejado á sus ayudantes en la tienda, vió que por la horadación entraban soldados y encontró prudente permanecer en su escondite.

«Formando á mis hombres en el segundo patio, avancé al primero, y encontrándome en él á una joven, * la encerré en un cuarto para que no diera aviso al enemigo, y me dirigí á la trastienda, cuyas ventanas daban á la espalda de los defensores de la trinchera. Los desalojé á los primeros tiros y se replegaron hacia el destacamento que estaba en la tienda y servía de reserva. Tuve que sostener un combate en la puerta de la trastienda, puerta de difícil acceso, porque á poco de haber comenzado la refriega, se habían acumulado en su dintel los cadáveres de los combatientes de una y otra parte. Después de media hora de combate, y cuando ya me quedaban pocos soldados disponibles, toqué diana, que según mi combinación, de la que había dejado copia al Coronel Mejía, significaba que necesitaba refuerzos y municiones; pero el Coronel Mejía, ó no me oyó, ó no entendió mi toque, porque al tocar yo diana, la repitieron los destacamentos que cubrían las torres de Santo Domingo y El Carmen, y echaron á vuelo las campanas. . . .

«El combate entre la trastienda y la tienda, había sido muy reñido, porque como se prolongó mucho, tuvo tiempo la plaza de refor-

* Concepción Liébana, prima hermana del Sr. Gral. Díaz.

zar su destacamento de aquel lugar con una compañía del noveno batallón, mandada por su Teniente Coronel Manuel González, que llegó á ser General de División.

«Después de más de media hora de combate, y cuando había perdido en la trastienda nueve hombres, quedándome solamente tres y el corneta, y cuando me persuadí de que había fracasado la combinación por no haber recibido el auxilio convenido, arrojé sucesivamente sobre la tienda granadas de mano encendidas, que llevábamos en sacos de ración, para contar con algunos segundos que me permitieran retirarme sin ser perseguido. . . .

«En mi retirada tuve la desgracia de perder el trayecto seguido por las horadaciones, porque al apercibirse los soldados que había dejado en el camino, de que era rechazado, se retiraron, y en lugar de dirigirme por donde estaba la horadación de una casa (la del cura Ballesteros), me fuí por otro rumbo. Por fortuna, la tapia no era muy alta y pude salvarla cuando ya tenía á la vista á mis perseguidores.

«Mi extravío sirvió para extraviarlos, y me dieron el tiempo suficiente para entrar á mi línea de defensa.» (Memorias).

Al retirarse de aquel punto, fué el Capitán Díaz dejando en pos de sí un rastro de sangre, pues su reciente herida se abrió con el esfuerzo requerido para saltar la tapia, dejando asomar por la nueva abertura una esquirla del hueso ilíaco.

«Fué así, dice el Sr. General Díaz, como fracasó esta operación que tantas esperanzas nos había dado de conseguir algunos víveres para las fuerzas sitiadas. Sin duda, el Coronel Mejía no explicó bien lo que deberían hacer las fuerzas que tenían que concurrir al asalto.»

«Supe después, que el Coronel Mejía no oyó el toque de diana con que pedía los últimos auxilios. Tanto los oficiales, como los soldados de las dos compañías que estaban á prevención, eran de mucho brío, me tenían afecto, y deseaban compartir conmigo el peligro y la gloria de la empresa.»

El 16 de Enero de 1858, la Guardia Nacional emprendió contra los reaccionarios un ataque general, que Porfirio Díaz refiere en los términos siguientes:

«En la semana que siguió al ataque de la esquina del Cura Unda, creció mucho la desmoralización entre los sitiados, y culminó al saber que el Gobierno se proponía retirarse para la sierra, rompiendo el sitio. Conocido este propósito por los oficiales más jóvenes y belicosos, se formó un compromiso entre todos los capitanes: desobedecer la orden y atacar decisivamente al enemigo que ocupaba la plaza.

«Ese *complot* llegó á conocimiento del Gobernador y del Coronel Mejía, y como no estaban en condición de someternos, creyeron preferible castigarnos, poniéndonos á la cabeza de las columnas que debían asaltar la plaza.

«Decidido el asalto, se organizaron tres columnas de cerca de doscientos hombres cada una. La primera, que debería atacar por las calles de Sangre de Cristo, Estanco y Sagrario, se puso á las órdenes del Teniente Coronel D. José M. Batalla, y como segundo, al Capitán D. Vicente Altamirano; la segunda columna, que debía hacer un ataque paralelo por las calles del Carmen de Arriba, Campana y Colegio de Niñas, era mandada por el Teniente Coronel Manuel Velasco y por mí como segundo; y la tercera, que debía atacar por la calle de la Barranca, paralela también hasta la esquina de la Virgen de la Piedra, se puso á las órdenes del Teniente Coronel D. José M. Ballesteros, y como segundo el Capitán D. Luis Terán (quien hasta entonces había figurado como un joven modesto y dependiente de una tienda, y fué el promotor de la insubordinación).

«La primera columna se componía de las compañías de Cazadores del 1º y del 2º batallón; la segunda, de las compañías de Granaderos del 1º y del 2º batallón, y la tercera, de las compañías 1ª y 2ª del tercer batallón. Había una columna de reserva que debía marchar á la retaguardia de las columnas de asalto, sobre la huella de la segunda, que era la que atacaba el centro, y se componía de más de cuatrocientos hombres, mandados por el Coronel Mejía.

«Al amanecer del día 16 de Enero, salieron simultáneamente las tres columnas por las calles que se les habían designado. A la mitad de la marcha de la primera columna, cayó mortalmente herido su jefe, Teniente Coronel Batalla, que murió á pocas horas, y quedó gravemente herido el segundo jefe, Capitán D. Vicente Altamirano. Sin embargo de ésto, la columna siguió hasta la plaza de armas, á las órdenes del Capitán D. Mariano Jiménez. La segunda columna forzó la trinchera de la calle de la Cárcel, volteó el cañón que la defendía y marchó con él hasta el atrio de la Catedral. La tercera columna llegó sin obstáculo hasta la esquina de la Concepción y atacaba de flanco el Palacio, sin haber tenido que forzar más que una barricada de adobes que no tenía artillería.

«Detenida mi columna, que era la segunda, en la esquina formada por la Alameda del Centro, Catedral y Portal del Señor, se me incorporó la primera columna que había quedado sin jefe y había penetrado forzando la trinchera del Estanco, pero toda en desorden.

«En los ataques fracasados que intentamos por dentro del Portal del Señor, nos mataron algunos oficiales, sargentos y soldados, é hirieron gravemente al Teniente Coronel Velasco, jefe de mi columna, por cuya circunstancia recayó en mí el mando.

«Organicé una nueva columna con el personal de la mía y el de la que se me había incorporado sin jefes, y marché directamente al Palacio, por la Plaza y por el Portal del Señor, quedando en el puesto que dejaba la columna de reserva, cuya cabeza llegaba en esos momentos, mientras que el Capitán Terán avanzaba, con parte de la tercera columna, por la calle de la Concepción, concurriendo conmigo á la esquina de Palacio, y atacando por la puerta del costado, cuando yo penetraba por la principal.

«El enemigo, sorprendido, rechazado en diversas partes, fué rudamente batido por las dos puertas del Palacio, su último refugio, lo cual le determinó á abandonar en definitiva su posición, quedando derrotado y perdiendo allí, entre muertos y heridos, muchos oficiales y tropa, y dejándonos muchos prisioneros, de los cuales, más de treinta eran jefes y oficiales.

«El Teniente Coronel D. Manuel González, salió en desorden con la tropa del noveno por la cabecera oriental del portal del Palacio; salió al último entre nuestros soldados que perseguían á los más bravos del noveno, que al fin huían.

«Llevaba como distintivo una cruz roja en el pecho, y al volverse para coger su sombrero que se le había caído, fué reconocido por nuestros soldados, que hicieron fuego sobre él, mas pudo salvarse.» (Memorias).

Después de esta victoria y sufriendo horriblemente con su herida, sale el valiente Capitán Díaz á las órdenes de Mejía, en persecución de Cobos, que se retira hacia Tehuantepec, lo alcanza en Jalapa á unas siete leguas de la ciudad de Tehuantepec, y lo derrota completamente el 25 de Febrero de 1858.

«Esta última victoria de 600 Guardias Nacionales contra los restos de Cobos en doble número, valió á Porfirio el nombramiento de Gobernador y Comandante militar de Tehuantepec . . . sin avance en el escalafón, Gobernador de Barataria ingrata, con una plaga natural: las ciénegas y sus mosquitos; y una plaga social: el fanatismo idólatra de indígenas adoradores de santones.»*

Entretanto, el jefe reaccionario Conchado, antiguo Carlista, al

* Porfirio Díaz.—Por X. X. X.

frente de una considerable fuerza de indios fanáticos, continuaba amagando á Tehuantepec; pero atacado por Porfirio y derrotado en el rancho de las Jícaras, murió en el combate el día 13 de Abril de 1858.

Como premio, muy exiguo, por cierto, á sus victorias, Porfirio Díaz recibió del Gobierno de Oaxaca el despacho de Comandante, que le fué expedido el 22 de Junio del mismo año, y en Octubre recibió el nombramiento siguiente:

«José M. Ordaz, Gobernador interino del Estado de Oaxaca, atendiendo á las circunstancias que concurren en el C. Porfirio Díaz, he tenido á bien nombrarle Jefe Político del Distrito de Tehuantepec, con el sueldo de mil quinientos pesos mensuales, más quinientos pesos para gastos de escritorio, conforme á la ley de 7 de Enero de 1852, y los emolumentos de la recaudación de Capitación.

«Por tanto, mando que el referido C. Porfirio Díaz, sea reconocido como tal Jefe Político de Tehuantepec, y se le extiende el presente despacho, que será requisitado con arreglo á las leyes. Dado en el Palacio de Gobierno del Estado de Oaxaca, á siete de Octubre de 1858.—J. M. ORDAZ.—(Una rúbrica).—M. DUBLÁN, Secretario.»

